

## TAN TRISTE

A las siete de la mañana  
el sonido del timbre  
es la cuna  
de un terrible presagio.

Por el horizonte  
asoma un sol tímido  
disfrazado de gris.

El verdugo eterno  
levanta la cabeza  
para llorar  
por su suerte infame.

En sus manos blancas  
aún late el corazón  
de la joven rosa.

## UNA BOSSA SUENA

La chica más guapa del lugar enmascara, en su sonrisa forzada, una maraña de sentimientos enfrentados. Quizás no quiere que se note su incomodidad, pero por los poros de su piel transpira desasosiego. Él, en el papel de galán trasnochado, se pavonea con sus amigos. Ella mira con un rencor escondido. Mientras, una bossa suena y los músicos son los primeros en disfrutar de su arte. Ella no oye, no quiere oír. Tan solo pretende salir huyendo del rincón en el que se encuentra hundida. Observo su perfil y aprecio el contraste cruel de la tristeza y la belleza en la misma porción de piel.

En esos momentos posa para mí. Me siento entonces un pintor de vidas ajenas. Veo una historia que no acabará bien. Pero podéis estar tranquilos, en estas cosas suelo, felizmente, equivocarme.

## LAS NARANJAS

El suelo del parque se cubría de oro. Las hojas de los árboles describían, en su caída irremediable, trayectorias indefinidas al capricho de la brisa. Cada mañana, el servicio de limpieza las retiraba, pero a las pocas horas un nuevo manto reemplazaba al anterior.

Isabel paseaba despacio de vuelta a casa. Sentía bajo los pies el crujido de la alfombra vegetal. En su cabeza aún resonaba el eco de las olas de un mar muy lejano y el sabor salado de los últimos besos. Aquellos días habían transcurrido perfectos y dulcemente monótonos, pero formaban parte del anaquel de cosas pasadas. Ahora la realidad se teñía del color gris plomizo de un cielo que amenazaba lluvia. Con las primeras gotas, Isabel aceleró el paso. No le gustaba llevar paraguas.

Llegó a casa empapada. Se quitó la gabardina y la dejó caer descuidadamente al suelo. En el cuarto de baño, se secó el cabello y se vistió con ropa limpia. Luego preparó un café bien cargado y se entretuvo en el conocido paisaje que le ofrecía la ventana de su habitación. Llovía con más intensidad. Pronto sintió que las espesas nubes llamaban con fuerza a la puerta. Querían inundarla de nuevo. Esta vez no dejó que las lágrimas brotaran. Se puso en pie y se dirigió a la cocina. Sobre la mesa descansaba un cesto lleno de naranjas. Tomó una en las manos y la acarició con ternura. En ese instante, un rayo de sol cortó el cielo.

## PRIMER BESO

Recuerdo el estruendoso despertar del ser que, escondido, se albergaba en mi corazón. Quizás fueron los labios de Susana o tal vez su piel sudada en un día de verano, no lo sé, pero lo cierto es que desde entonces ese temible ser no ha hecho otra cosa que intentar saciar su voraz apetito.

## HUIDAS

Cuando Sandra subió al autobús con dirección a Barcelona aún le quedaba la esperanza de ver por los grandes ventanales a Andrés. Lo imaginó a la carrera y con la cara desencajada, buscándola entre la aglomeración de pasajeros.

Entonces se hubiera apeado y hubiera ido a su encuentro. Le hubiera abrazado con fuerza y besado sus labios.

Pero Andrés no llegó. El autobús cerró sus puertas hidráulicas con un sonido espantoso y comenzó a maniobrar para salir del andén.

La tarde caía como una losa en la ciudad. El vehículo serpenteaba por las calles en dirección a la autovía. Pronto la carretera se inundaría con la monotonía uniforme de cientos de kilómetros. Sandra lloraba en silencio y miraba por última vez aquellos rincones impregnados de recuerdos.

En ese mismo instante, Andrés colgaba del cuello por una soga bien amarrada al gancho de una lámpara. Con Sandra se marchó el último átomo de cordura y solo le quedó huir para siempre.



## IMPROBABILIDADES

Robé tu risa de mis recuerdos  
y la dispersé al viento  
para pregonar mi tristeza.

Esperé un milagro.

Mi cabeza, confusa,  
aún no sabe  
cuánto dura una ausencia eterna.

## EL PAN DE LOS VENCIDOS

El miedo convertía sus palabras en leves susurros.

Corrían malos tiempos para los vencidos. A la caída del sol y con el toque de queda, los soldados arrancaban de sus hogares a decenas de personas que, como ratones indefensos, se ocultaban en los agujeros más infames con la esperanza de vivir una noche más.

Había que pasar desapercibido.

Dos hombres compartían poco más de media botella de vino recio alrededor de una mesa. La habitación era miserable, carecía de ventanas y rebosaba humedad y suciedad. Se iluminaban con una gastada vela. Maldecían entre dientes y ahogaban su impotencia en falsas esperanzas. El hambre merodeaba sus hogares. No había pan para los hijos de los traidores.

El robo se pagaba con la vida, pero había que arriesgarse. No era lo mismo buscar la muerte que la muerte los encontrara humillados y cruzados de brazos. Así, cada dos o tres noches, se echaban a la calle y amparados en las sombras alcanzaban las primeras huertas. En saquitos de tela metían todo aquello que se podía comer.

Cuando no había suerte volvían a casa con la patrulla pisándoles los talones y un puñado de raquílicas cebollas en el saco.

Si la noche se daba bien podían capturar algún gato. En esas raras ocasiones un delicioso olor a patatas con carne se esparcía por el vecindario a la mañana siguiente. A esas mismas horas y en alguna casa cercana se lloraban las desgracias de la madrugada.



## 1492, LA CONQUISTA

Cristóbal Colón, retirado del oficio de navegante fracasado y cartógrafo de poca monta, camina tranquilamente por la orilla del Guadalquivir. Su escasa hacienda le permite vivir a duras penas, pero no piensa en ejercer ningún otro empleo y prefiere mendigar a doblar la espalda. El paseo le lleva a las afueras de Sevilla, siguiendo el margen del río. Se sienta en una piedra a contemplar el curso tranquilo del agua. Es octubre, pero la temperatura es agradable a esa hora de la tarde. De repente los ve aparecer. Varias decenas de extrañas embarcaciones remontan el cauce en dirección a la capital. Son barcas alargadas y estrechas, dirigidas por pequeños hombres de torso desnudo y cobrizo y largos cabellos. Visten raros ornamentos plumíferos y coloridos taparrabos. La embarcación de cabecera se dirige a él. Cristóbal se pone en pie y queda paralizado por el miedo. Llegan a la orilla y se bajan de la barca haciéndole gestos amistosos. Le muestran varias cajas grandes de cartón en las que se pueden leer, rotuladas, las palabras “Tabacos de América”. Después de conversar largamente y de fumar decenas de cigarrillos, Cristóbal llega a un acuerdo con los visitantes extranjeros. A partir de ese momento se dedicará a introducir en el Viejo Continente el delicioso producto. Pronto encuentra socios en los bajos fondos, que clandestinamente, comienzan a mover la mercancía. Todo aquel que lo prueba queda enganchado y a los pocos años, la maldición americana se extiende en los pulmones de una Europa conquistada por un humo gris y aromático.

Víctor Manuel Jiménez Andrada. 2011



INFO ABOUT RIGHTS  
1 101098 226866  
www.safecreative.org/work



Todos los textos están registrados  
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0

# Letras Breves

poesías y microrrelatos

Nº 2

ene-mar 2011



Víctor Manuel Jiménez Andrada  
www.papirowebxia.com

## EL APRENDIZ

Quizás fui muy ingenuo y no supe leer en sus ojos lo que sus labios callaban. Creía entonces que el arte de amar se practicaba de forma superficial, como una capa de pintura ligera. No imaginaba que lo que se podía ver solo era la punta del iceberg y que la porción más grande y peligrosa quedaba siempre oculta.

Años más tarde interpretaba, sin mucha dificultad, el lenguaje que se expresa sin palabras, pero entonces no era más que un mal alumno de primero de amores.

No llegué a licenciarme. Algunas disciplinas me resultaron imposibles y eso que me convalidaron varias asignaturas con la práctica de relaciones esporádicas de una sola noche. Mi deseo de convertirme en maestro quedó enterrado en el cajón de los sueños utópicos. Ahora ejerzo por mi cuenta como profesional autodidacta.

